Por el contrario, la ocupación humana especializada, el menester profesional, la función intelectual o manual que hace vivir y que da de vivir, han crecido enormemente como indicadoras del rango del individuo.

Y es que tal vez, mis amigos, la única cosa importante es este mundo sea, bien mirada, el cumplimiento perfecto de nuestro menester. Me parece muy probable que la sola exigencia que debamos hacernos a nosotros mismos y la sola que deban los demás hacer pesar sobre nosotros, sea ésta del desempeño cumplido y leal de nuestra profesión.

Iría yo bastante más lejos todavía para asegurar a estos mozos de estación florida, que el oficio es cosa superiorísima al amor y aun al más sólido bloque de amor. Suelo mirar la profesión sin ajadura, sin ningún estropeo de la costumbre, más bellamente bruñida mientras más vieja, verdadera Raquel y Lía a la que embellece cada hijo nuevo en tanto que el cuadro de la pasión amorosa suelo verle tan estropeado del uso, tan ensuciado por las pecas cotidianas del hábito que entristece mirarle el metal innoble que el tiempo rebaja de precio y envilece.

Tiene muchos visos de verdad una afirmación, anónima en mi memoria, y que yo leí hace años. Aseguraba ella que todo el desorden del mundo viene de los oficios y de las profesiones mal o mediocremente servidos. Me dejó la frase rotunda perpleja en un comienzo y después dudando, como se duda siempre de los juicios simplistas.

Así, pues, pensaba yo: ¿no hay otra fuente que esa, de mal colectivo? ¿No existe al lado de ese daño un desquiciamiento espiritual del mundo? ¿No hay problemas sociales de orden económico que causan la desgracia común?

He visto muchas cosas más tarde, por aquello de que ve bastante el que camina, por distraído que sea, y he conocido la cara de casi todas las crisis en varios pueblos, dándome cuenta al final de que el asiento geológico de los males más diversos era el anotado: los oficios y las profesiones descuidadamente servidos. Político mediocre, educador mediocre, médico mediocre, sacerdote mediocre, artesano mediocre, esas son nuestras calamidades verdaderas.

Religión, moral, economía, pedagogía, forman solamente un cortejo ilusorio de la única realidad constituída por el oficio; todo aquello es, si ustedes quieren, un coro anecdótico de tragedia griega que recita con brillo pero que no puede eclipsar al Agamenón o al Prometeo esencial, que se llama el oficio o la profesión.

Con lo cual la profesión se me ha vuelto a mí y quisiera que se les volviese a ustedes, la columna vertebral que nos mantiene la línea humana, la vertical del hombre, y lo demás se me ocurre ser carne servil y a veces muelle, o una decoración de gestos y sonrisas.

Conversaba yo una vez con Ramiro de Maeztu sobre las diferencias que corren entre sajón y latino. Él me marcaba entre otras las siguiente que, al igual de la afirmación anterior, se me quedó hincada en la memoria por la gravedad que arrastra. El latino sería un hombre que suele desarrollar sus morales al margen de la profesión de que vive; el sajón sería casi siempre un hombre que trenza la moral adoptada con su oficio. Maeztu se puso a contarme como los obreros suizo-alemanes de relojería, por ejemplo, consideraban el reloj construído de su mano como una especie de testimonio personal, de rúbrica de su honradez y de piezas de su responsabilidad completa.

Verídica y terrible la observación. Nosotros conocemos tipos bastante opuestos al del relojero suizo. El abogado defensor de pleitos turbios suele pensar que su honorabilidad personal sufre poco o nada de sus defensas deshonestas; el médico torpe, por descuido en sus curaciones, duerme, come y vive tranquilamente, encima de su degradación profesional; el pedagogo que se consiente didáctico del 1800, estima que el no informarse y el sestear sobre pedagogía relevada, no tiene gran cosa que hacer con su probidad de hombre, y en nosotras las mujeres que concedemos importancia segundona a las cosas que no son el amor, este negocio anda más o menos lo mismo. Las excepciones agudas robustecen espantosamente la regla.

Mucho más que el hombre latino, que al cabo cuenta al sabio francés para salvar su déficit, es el latino americano quien ha hecho una cortadura traicionera entre oficio y moral, entre función pública y conducta individual. Hasta tal punto sube entre nosotros esta falta, yendo desde la culpa al delito, que ya el grado universitario o el título oficial dicen bastante poco, y *son más bien aproximaciones que afirmaciones*. Decimos "licenciado", y el substantivo de toda substantividad, no aupa a nadie; decimos "químico", y el apelativo tan técnico no asegura ninguna técnica; decimos " ingeniero", y el jefe de una empresa de minas pedirá al candidato un noviciado de prueba antes de entregarle la dirección de laboreo.

De tal manera, hemos venido a parar en una especie de quiebra del crédito universitario en casi todas partes. Y la Universidad donde quiere que exista debe construir una institución de calidad pura, de apretada selección.

El mal ha abultado tanto que su evidencia pide una enmienda radical y rápida y como es natural la pide de los universitarios mismos que cuando son buenos padecen el daño acarreado por los malos. Se trata de reedificar un crédito caído de bruces y de ponerse a lustrar de nuevo esta noble chafalonía metida en herrumbre, del prestigio de los grados.

Yo me permitiría señalar semejante misión a los jóvenes de cuya graduación soy testigo, en cuanto a vieja amiga de la gente moza, y en cuanto a mujer entrañablemente interesada en esto de la grandeza y la decadencia profesional o gremial. Yo pediría a ustedes que mediten sobre este asunto que yo sólo dejo apuntado con una flecha indicadora, y que se decidan a comenzar una cruzada interior y exterior por la dignificación profesional. Digo interior, porque cada día creo más en que las reformas o salen del tuétano del alma y asoman hacia afuera firmes como el cuerno del testuz del toro, o bien se hacen en el exterior como cuernecillos falsos pegados con almidón. El primer tiempo será pensar la profesión lo mismo que un pacto firmado con Dios o con la ciencia, y que obliga terriblemente a nuestra alma, y después de ella, a nuestra honra mundana. El segundo tiempo será organizar las corporaciones o gremios profesionales, donde no existen, y donde ya se fundaron, depurarlos de corrupción y de pereza, vale decir, de relajamiento. El tercer tiempo, será obligar a la sociedad en que se vive, a que vuelva a dar una consideración primogénita a las profesiones que desdeña y rebaja.

La tercera grada sube blandamente desde las otras dos: a la larga siempre se respeta lo respetable, y se acaba por amar lo que presta buen servicio.

El orgullo del título es hermoso y razonable como el de cualquier campeonato, y yo miro con gusto las caras radiantes de los jóvenes que han venido a recibir en un diploma una especie de nombre nobiliario.

Cada profesión es de hecho un linaje, y saltar de la banca obscura a la platea asistida del reverbero justifica una complacencia, mucho más todavía en la juventud. El linaje de los profesores comienza si se quiere con Moisés, cae sobre Aristóteles el super-didáctico, y sigue serpenteando hacia Rousseau, Pestalozzi y Froebel. El linaje médico, para no mentar sino una más, ha contado ayer a Pasteur y tiene aún a Dios gracias a Ramón y Cajal.

Pero es grave cuidado, como ustedes saben, la guarda de los linajes intelectuales, mucho más escabroso que la de los otros linajes. El peso de la honra que se trae consigo cualquier profesión, vieja o moderna, abruma de obligaciones porque abruma de mérito cumplido.

Amigos míos, es mi deseo que algunos de los nombre que van a pronunciarse en esta sala, entre en la categoría de las iniciales de su rama y vaya derecho a la familia de los patronos de su asignatura. Amigos míos, que yo haya tenido la dicha de ser la madrina ocasional de un químico, de un

Gabriela Mistral en...

(Viene de la primera página.)

con sus comentarios al gobierno de mi patria, diera a la Mistral ese puesto consular. Aunque, claro está, una intelectual de la talla de Gabriela, debería representarnos desde Washington. Chile sería así el primer país hispanoamericano en tener una mujer como representante diplomático en el extranjero.

A. Torres Rioseco

Chicago, 1931.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "